

CAPÍTULO XXIV.

Hermosísimo sitio aquel, donde primero se refugiaron el viejo Sultán granadino y toda su familia. Sobre un ameno montecillo levantábase airoso palacio, y desde las puertas del palacio hasta las orillas del mar, escalonados en graderías mágicas, brillaban orientales jardines, regados por manantiales, que se destrenzaban en todas direcciones. No es posible decir la belleza de todos estos pueblos mediterráneos, que bordan las playas del granadino reino, con las Alpujarras, ceñidas de nieves, relucientes, al Mediodía, cual oscuros zafiros, á la tarde cual purpúreos rubíes, á la mañana plateados por las alboradas cual ópalos entre blanquecinos y rosados; con el mar celeste por cielo diáfano esclarecido; al borde áureo de las playas compuestas de arenales entre amarillos y rojos; con las vegas y cañadas cubiertas de palmas, olivos, granados, limoneros y toda suerte de

plantas, las cuales destilan mieles, difunden aromas y ofrecen habitación así á los coros de parleras aves como á los enjambres de zumbadores insectos que pueblan los aires con sus deliciosas y suaves armonías. Allí, en uno de tales pueblecillos, á la vista de tan hermosas cordilleras y de aguas tan relumbrantes, llegaron el ciego Hacem y toda su familia. Zoraya no quería que se apoyara el viejo Sultán en hombro alguno, por bastarle su mujer y sus hijos. Desde los tiempos del Edipo griego no se había visto grupo tan triste y sublime como el de aquel rey destronado, ciego; con báculo en vez de alfanje; trémulo, cuando hiciera temblar á todos sus enemigos; amargado por las traiciones de los mismos á quienes engendrara; proscripto al capricho de un su hermano, que le debiera parte de su gloria y de su poder; apoyado en el hombro de una esposa predilecta, por quien todo lo había sacrificado y que no soñaba entonces tanto en los consuelos al esposo, como en las ambiciones de los hijos; y sin más refugio que aquel escollo, colocado entre los fragmentos de su reino, y verdadero sepulcro apercebido antes de su muerte á su dolor, pues quien pierde la luz de los ojos indudablemente pierde algo más amable que todo el calor de la vida. También Hacem podía preguntar, como el antiguo rey heleno, adónde había llegado y quién le sustentaba, para sustentar este inenarrable dolor en la tierra. También él podía decir cómo las miserias de su vida y las tristezas de su vejez, mezcladas

con el recuerdo de su poderío y el sentimiento de su valor, le sugerían la virtud más difícil á quienes caen de tan alto, la beatífica resignación. Así, también él era un espectro de rey, llevando sobre su cabeza, desgreñada como la de un mendigo, una sombra de corona. Nada tan trágico y doloroso como este final de una existencia henchida por estos combates. Errante ahora en las vías del destierro, con tantas lágrimas regadas; devastado por las injurias del deshonor; falto del sol de sus ojos y de la fuerza de su cuerpo; con una corona enmohecida en las sienes; con el cetro en báculo trocado; sin más compañero que su mujer desesperada y sus hijos próximos á caer en los abismos de irreparables desgracias; el destino le prueba bien cruelmente; y si fuera un poco misericordioso debía, por cualquier medio, acelerarle mucho la terminación de su vida. Los últimos cortesanos que le quedan, sus amigos, y aquella tierra sonriente parecen á una impelerle con grandísimo impulso á divertir sus penas, escuchando ya los suspiros cariñosos de los buenos afectos, ya las armoniosísimas cadencias compuestas por los conciertos y las armonías de todas las cosas. El dulzainero árabe toca su dulzaina en competencia con el coro de las aves; los ruiseñores le dirigen gorjeos desde las adelfas; y los pámpanos y los azahares le llueven su polen y sus esencias sobre la frente. Pero Hacem, en medio del dolor con que los unos le prueban y de los consuelos que los otros le ofrecen, ya no

aguarda más que la muerte, como el bálsamo consolador de sus penas. Así huele con verdadera voluptuosidad los cipreses, porque han de nutrirlos sus cenizas, cuando sombreen el sepulcro donde perdurablemente duerma; y se agarra solemnemente á los sáuces, como si el inmenso tiempo, que corre por el inmenso espacio, fuese un río arrastrándolo contra su voluntad y quisiera guarecerse y salvarse de sus olas, asiéndose á los árboles funerarios, símbolos indicadores de la muerte. Ha hecho lo posible para que no se asentase una raza del Norte, los hijos de Castilla, en las tierras ilustradas por una raza del Mediodía, por los hijos del desierto. Los campos bienhadados, que ni el sol abrasa ni la nieve hiela, en él han tenido un defensor incontrastable. De haberle seguido la fortuna, conservara las barras de Alhamar, lo mismo en los picos de las altas montañas que en los arenales de las celestes riberas. Los caballos se han movido á las espuelas de los jinetes guerreros, y las naves mismas bajo la dirección de los audaces pilotos para salvar á Granada, y no ha podido salvarla. Por eso no le queda más refugio, ni más esperanza que la muerte, y pídelo con grandes instancias y á voces mientras lloran desolados mujer é hijos á sus plantas.

Pero Alah parece haberlo escuchado en sus inexcrutables designios. Era un día de los que al placer consagraba la hermosa y voluptuosísima Zoraya, creyendo que aún podían los placeres imperar

en el cuerpo casi petrificado de aquel esposo, á quien otras veces animára ella con sus miradas profundas y con sus suspiros ardientes. No se hacía cargo la Sultana de que Hacem asistía inerte á todos estos espectáculos, más bien por indiferencia y por insensibilidad, que no por ninguna otra causa. Delicada y tiernamente la mujer predilecta se había procurado todo aquello que pudiese halagar los sentidos aún abiertos en su real esposo. Pomos de misteriosas esencias, pebeteros de aromáticas humaredas, ramos de flores bien olientes, aves canoras traídas de luengas tierras y enjauladas en redes muy espesas de oro, címbalos y flautas y crótalos y dulzainas y guzlas componiendo bien deliciosas armonías, versos de los primeros poetas, cantores semitas de verdadera dulzura, jóvenes egipcias que bailaban las antiguas danzas árabes al acordado compás, todo lo apercibía, y á todo contestaba el Sultán, como contestan los ídolos, á quienes les presentan religiosas ofrendas y litúrgicos obsequios. Mientras todo se movía en torno suyo Hacem pensaba en la inmovilidad é inercia del último sueño. Las voces y los instrumentos concertaban armonías sin fin, mientras él ponía el oído á la eternidad, estremeciéndose al estridente son de la trompeta que profiere maldiciones eternas. Y mientras de un lado Zoraya se complacía en aliviar la pena y en esclarecer la noche del esposo, de otro lado Hacem se complacía en acariciar esperanzas de perdurable paz en los únicos brazos,

que la procuran ininterrumpida y honda, en brazos de la muerte. Cuando á lo mejor de la fiesta se hallaban los últimos cortesanos del monarca, y en lo más triste de su pensamiento éste, llamaron á la puerta del castillo unos emisarios del Zagal. Y bien pronto fueron introducidos, á virtud del tal nombre regio, en presencia de Hacem.

— Señor — dijo el que hacía cabeza de aquel grupo enviado desde Granada.

— ¿Qué os trae aquí? — les preguntó Hacem.

— Señor... — murmuró de nuevo el enviado, notándose con facilidad que su encargo era por todo extremo embarazoso, y el ministerio á cumplir por todo extremo difícil.

— ¿Os manda mi hermano el Zagal?

— Sí, Hacem; ya lo hemos dicho al pedirte la entrevista y audiencia.

— ¿Todavía le mortifico aquí? Residía él en Málaga y yo en Granada; me arrojó de Granada. Fuíme á la riente Almuñecar, cuando él llegó á Granada; y me arrojó de Almuñecar á Salobreña. Estoy aquí ciego, inerme, sin más arma que un báculo, sin más reino que una colina, sosteniéndome sobre los hombros de mi mujer y de mis hijos, acompañado del vizir Venegas, que representa y personifica los recuerdos últimos de mi grandeza pasada, reducido á llorar con mis ojos vacíos las desventuras de mi gente por el hado condenadas irremisiblemente á ruina, y aún le molesto aquí. Dime, ¿ha resuelto por ventura lanzarme al África mi hermano?

— Al Africa, no, Hacem, mucho más léjos.

— ¿Qué oigo? — exclamó Zoraya, volviéndose á los terribles emisarios. — ¿Traéis una sentencia de muerte? ¿Vais á matar al árbol copudo, que protegiera con su sombra no más el reino granadino? ¿Vais á destruir la última fortaleza que le queda en el mundo al Islam? ¿Vais á romper el cortante alfanje, que aún brilla como media luna propicia, en los cielos de nuestra patria? Decrépito, ciego, moribundo, sin fuerzas, aún vale más él solo que toda vuestra nobleza y todo vuestro reino y todo vuestro ejército y todo vuestro sacerdocio y todo vuestro pueblo.

— Calle — dijo uno de los emisarios — calle la cristiana, que le ha perdido en el infierno de sus amores y arrastrádole á este supremo trance.

— Pues ¡oh! Si lo he perdido, muera yo. Ahí tenéis vuestras armas cortantes, y aquí tenéis mi pecho inerme y descubierto. Matadme si os place; pero no matéis á vuestro monarca y á vuestro general, el mismo monarca que os ha dado fuerza, y el único general que os ha dado victorias.

— Mira, Zoraya — dijo Hacem, dirigiéndose como á tientes al sitio donde resonaba la voz melodiosísima de su mujer; no ruegues á estos tiranos. Humillas tu dignidad inútilmente. Con mayor facilidad ablandarías el corazón de una hiena que el corazón de un abencerraje. Traen su inapelable sentencia de muerte y la cumplirán rigurosos como se cumplen siempre los decretos del hado y del des-

tino. Yo he nacido para que los míos me vendan, me deshonren y me maten. Mi mujer, la Horra, se ha pasado la vida en conspiraciones continuas contra su esposo; mi primogénito, Boabdil, se ha ceñido la corona que me pertenece y corresponde, sin fuerza ni ánimo para llevarla; y ahora mi hermano, á quien yo asistiera en todas sus empresas, y salvara en cien horribles trances, se vuelve mi verdugo y me inflige por su propia mano una sentencia de muerte. No roguemos, pues, muramos. Casualmente yo le pedía, cuando llamaban ellos á la puerta, yo le pedía en mi pensamiento y en mi espíritu al Todopoderoso, que pronto, muy pronto, mandase la muerte á visitarme, y me quitara de un mundo nefasto, donde sólo habita la más negra desesperación. Déjame, Zoraya, morir en paz. Trae, trae tus hijos y los besaré con mis labios, y los bendeciré con mi palabra, pidiendo á Dios que no puede, no, en este trance supremo desoir á quien lo invoca, la felicidad serena en este mundo y la perdurable venturanza en el otro.

—Mas yo, Hacem, no puedo querer que mueras, no puedo, no, consentirlo, aunque solo me queden, para defenderte, mis débiles brazos de mujer. Cuanto has hecho en los últimos tiempos, lo has hecho por mí; páguelo yo todo, y exéntate con el holocausto mío de la muerte tuya, guardándote incólume para tu reino y para tus hijos, para tus hijos que te necesitan y que te adoran.

En efecto, los dos príncipes, interpuestos de ro-

dillas entre su padre y los verdugos, ofrecían sus dos vidas por la de aquel, á quien se las debieran. Y hubieran ablandado á corazones capaces de algún sentimiento; pero no á los corazones de aquellos guerreros granadinos, empeñados en atroces y cruentísimas contiendas. La sentencia de muerte ¡ay! se había dado, y apremiaba su cumplimiento. Comprendiéndolo así la infeliz Zoraya, dirigiase con el esfuerzo, que presta la consideración de un trance tan cercano y tan tremendo á todas partes en busca de auxilio.

—Venegas, Venegas, decía, tú que conoces los misterios de todos estos palacios, los resortes que mueven la voluntad avasalladora de todos estos hombres, busca un supremo recurso; y sálvanos, pero sálvanos pronto.

—Por lo mismo, respondió Venegas, que conozco todo esto, dígame Zoraya cómo no resta otro recurso, que una resignación al decreto inexorable del hado. Estos príncipes forman á una con sus partidos bandadas cruentas, cual esas especies carniceras que hay en el Universo; y no se creen seguros de sí mismos, sino después de haber exterminado á la especie contraria.

—¿Pero aquí, preguntaba Zoraya, no hay una guarnición, y esa guarnición por fieles al Sultán compuesta, no tiene armas?

A esta interrogación abrióse la puerta de la estancia, que daba en aquel palacio al patio, y apareció la guarnición en armas y en formación correc-

tísima. Verla Zoraya y tomarla por el asidero último de su esperanza, fué todo uno. Con esa resolución propia de su sexo, tan arriesgado en los momentos supremos de la vida como tímido en toda ella, Zoraya se dirigió al jefe de los guardias y lo conjuró á la defensa de su amo y señor en palabras vehementísimas. Pero el jefe quedó como petrificado, á pesar de que tantos ruegos, envueltos en tantas lágrimas, podían ablandar las piedras; y dijo no reconocer en aquel sitio más autoridad que la del Zagal, su rey desde Granada y la Alhambra.

—Entonces no hay esperanza, para la virtud, ni para la gloria refugio en este reino destrozado! ¡Qué angustia! ¡No sólo por ver morir á mi esposo, por ver así atropellada la justicia!

—Que abran las cajas, recojan los tesoros, y trasládese todo, según las órdenes expresas del rey, á Granada, dijo el jefe de los emisarios á sus compañeros y subordinados.

—¡Que no pudiera, Zoraya, exclamó Hacem, recobrar la luz de los ojos para veros por última vez! Pero ya me oís, y sabéis que os aguardo allá donde no llegan estas tempestades, en el edén prometido á los fieles por nuestro Profeta.

Esta invocación á las creencias musulmanas heló nuevamente la sangre toda en el cuerpo de la reina, quien tocaba en tales trances el horror de su apostasía, pues, no era osada, ni á invocar con la conciencia su nueva religión, ni á invocar con sus labios la patria y vieja creencia llevada desde su na-

cimiento en las profundidades más íntimas del corazón y del espíritu. Así lloraba una y otra vez, lloraba, sin tregua y sin descanso; como quien ya no tiene, por una conjuración de circunstancias increíbles, refugio, ni en el mundo, ni en el cielo; y no puede aspirar, ni al auxilio de la Providencia, porque la Providencia, según todos los creyentes dicen á una, se mueve invocándola; y ella ignoraba en estos grandes momentos si debía invocar el Dios de sus labios ó el Dios de sus creencias. Hacem estrechaba sus hijos y su mujer contra el pecho, cual si quisiera deshacerlos en los brazos y llevárselos consigo á la eternidad. Y cuando más fuera de sí, más en los trasportes de su cariño se hallaba, ora bendiciendo á este, ora besando al otro, con sus manos crispadas asiendo las manos de Zoraya, el emisario da una señal; y seis esclavos nubios, negros como la noche, tan favorable al crimen, cada uno con un puñal en la mano, dirígense al sitio, donde se veía tal grupo de puro amor, y apartando la mujer á un lado, los hijos á otro, rematan al anciano, el cual muere sin lanzar una queja, pero cayendo sobre aquel pavimento con la majestad serena con que cae la encina secular, desarraigada por el tiempo, en los senos insondables del abismo. Los tesoros, la Sultana, los príncipes sus hijos, el vizir Venegas, fueron llevados á la torre de Comares y reclusos allí como pobres presos de Estado, viendo en su camino el cadáver de Hacem atravesado sobre un mulo, como si se